

10

ACUEDUCTOS, PLAZAS, PASEOS, CAMINOS
Y CALLES DE LA HABANA COLONIAL

Por Roig de Leuchsenring.

En los primeros tiempos del establecimiento de La Habana en su lugar definitivo, los vecinos se abastecían del agua de un Jagüey o cisterna, que Arrate y otros historiadores situaron en la desembocadura del río de Luyanó. Según los datos que se encuentran en las Actas Capitulares de 1550 a 1565 puede afirmarse que éste algibe, nunca río, como algunos han supuesto, se hallaba en "la otra banda", o sea del otro lado de la bahía, frente a la villa, y que podía llegarse al mismo, ya por mar, cruzando la bahía, ya por tierra, bordeando ésta, hasta el sitio donde se encontraba. El historiador Pérez Beato, da como otro medio de abastecimiento de agua de la villa, antes de terminarse la obra de la Zanja, el de una noria o anoria, que dice era un pozo emplazado "en una estancia que tomó el mismo nombre y cuya localización corresponde al actual Parque de la Fraternidad, antes Campos de Marte, en su mitad Este".

Pero ya en 1550 se preocuparon el gobernador Gonzalo Pérez de Angulo y los señores Capitulares - según cabildo de 31 de agosto - "de cuan conveniente é provechosa cosa sería á esta villa é á los vecinos é moradores della é á los pasajeros é maestres de navíos què vienen á este puerto que se trugese á esta villa el agua de La Chorrera", el actual Almendares.

Para la construcción de ese acueducto, el primero de los contruidos por españoles en la América, según afirmación del ingeniero Luis Morales y Pedroso, en su reciente estudio El abasto

PATRIMONIO DOCUMENTAL
DE LA HABANA

de agua en la Ciudad de San Cristóbal de La Habana, se acordó un impuesto llamado sisa de la Zanja, en 1548, sobre los navíos que arribasen a La Habana, pero no fué hasta 1556 que se comenzaron las obras por el Maestro Mayor de la fortaleza, Francisco de Calona, siendo terminadas por el ingeniero Juan Bautista Antonelli, el año 1592, con un costo de 35,000 pesos y una longitud de dos leguas, desaguando en el boqueron abierto en un muro en el antiguo estero existente en lo que es hoy Plaza de la Catedral. Todavía se conserva en ese lugar una lápida conmemorativa que dice así: "Esta agua traxo el Maesse de Campo Ivan de Texeda, anno de 1592".

Durante 243 años (1592-1835) fué la Zanja Real el único acueducto que abasteció a la ciudad de La Habana.

Pero, como afirma el insigne ingeniero Francisco de Albear y Lara en su Memoria sobre el proyecto de conducción a la Habana de las aguas de los manantiales de Vento, si el agua de la Zanja Real era "excelente para riegos, y muy útil para los trabajos del Arsenal", aquella resultaba "un pésimo medio de conducción de aguas potables; las suyas son generalmente impuras, sucias, repugnantes y malsanas; de aquí la multitud de pozos y algibes que se construyeron en ese espacio de tiempo, tanto en las casas particulares como en los edificios públicos y del Estado: recurso del rico, siempre insuficiente y escasísimo y hasta nulo en las grandes secas".

Todos estos inconvenientes, y el crecimiento de la población, impulsaron al capitán general Dionisio Vives y al superintendente de Hacienda, Conde de Villanueva, a recomendar a S. M. la

construcción de un nuevo acueducto. Aprobadas las bases del mismo comenzaron las obras en 1831, terminándose en 1835, con un costo de 977,100 pesos. Este acueducto al que se dió el nombre de Fernando VII, consistía, según Morales y Pedroso "en una tubería que desde El Husillo conducía las aguas a la ciudad atravesando el barrio de El Cerro y entrando en la ciudad por la Puerta de Tierra (Monserrate y Muralla), con una longitud total de 7,500 metros". Este nuevo acueducto no dió el caudal de agua que de él se esperaba por lo que fué necesario continuar utilizando las de la Zanja Real y de los algibes y pozos. Morales y Pedroso da a conocer que en La Habana en la época de la construcción del acueducto de Fernando VII, existían unos 895 algibes y 2,976 pozos. También existieron varias fuentes y surtidores públicos.

Pero aun así la población habanera continuaba sufriendo los resultados de la insuficiencia y defectos del abastecimiento de agua.

El año 1856, el entonces coronel de ingenieros Francisco de Albear y Lara, habanero de nacimiento, se propuso dar solución adecuada a tan trascendente problema, mediante la construcción de un nuevo acueducto que tomase las aguas de los manantiales existentes en Vento, margen izquierda del río Almendares. Don Carlos de Pedroso donó los terrenos necesarios para el emplazamiento de las obras y el proyecto de Albear fué aprobado por R. O. de 5 de octubre de 1858, las obras comenzaron el 28 de noviembre del mismo año, terminándose en 1893.

Corporaciones científicas y sabios ilustres, cubanos y ex-

tranjeros, han reconocido unánimemente el genio de nuestro insigne compatriota al concebir y ejecutar esa grandiosa obra que es el canal o acueducto que lleva su nombre esclarecido. Su proyecto alcanzó, entre otros premios, medalla de oro en la exposición de París, otorgada a él personalmente "como premio a su trabajo, digno de estudio hasta en sus menores detalles, y que puede ser considerado como una obra maestra", según expresaba el fallo del Jurado Internacional que le otorgó ese galardón.

En los primeros tiempos republicanos fué acordado por el Gobierno, por motivos sanitarios, la clausura total de los pozos y algibes de la ciudad.

No obstante las bondades del acueducto de Albear, éste ha resultado insuficiente para las necesidades de la población de La Habana y sus barrios adyacentes, por lo que, desde hace años se viene estudiando la realización de obras que permitan ampliar hasta sus límites necesarios, en el presente y en un futuro inmediato, la captación y conducción de las aguas para el abasto de la ciudad, así como la sustitución y reparación de la tubería maestra construída por el genial habanero, a quien en justicia llama Morales y Pedroso "el mas grande benefactor de nuestra ciudad".

Según expone la historiadora Wright "en las dos primeras décadas de su vida", después de su tercer y definitivo traslado al puerto de Carenas, no era la villa de La Habana más que un pobre caserío de bohíos, que dicha historiadora coloca "a lo largo de la orilla de la bahía", desde el sitio donde estuvo, al comienzo de la calle de Tacón, hoy Avenida Roosevelt, el edificio de la

Secretaría de Estado, destruido por el gobierno de Machado, hasta donde se encuentra la Lonja. El centro de la villa era la plaza, "donde se levantaban las modestas moradas de sus principales vecinos, hombres inteligentes y trabajadores y no menos testarudos y soberbios".

Dos acuerdos tomados por el Cabildo el 25 de febrero y 3 de marzo de 1559, nos permiten localizar el emplazamiento de esta primitiva plaza, en el lugar que hoy ocupa el castillo de La Fuerza. En efecto, en la primera de dichas fechas se proveyó por el Ayuntamiento "que el señor Gobernador é regidores vean el sitio donde se ha de dejar plaza en el lugar conveniente atento á que no se pueden servir de la plaza que el pueblo habia a causa de la fortaleza". Y en 3 de marzo se señaló nueva plaza de la villa, "pues que la fortaleza que se hace ocupa la que antes habia, é para ello digeron que sea la plaza de cuatro solares tanto en ancho como en largo en que estan los bujios de Alonso Yndio la calle en medio é quedó que hoy la estacacen para que ninguna se meta en ella a hacer casa e que lo señale el Señor teniente Juan de Rojas é Antonio de la Torre é todos los demas Justicia é regidores hoy dicho día".

Esta nueva plaza fué abandonada también, según acuerdo del Cabildo de 13 de septiembre de 1577, a instancias del gobernador Francisco Carreño, eligiéndose el lugar ocupado desde entonces hasta hoy por la que se ha llamado Plaza de Armas o Plaza de la Iglesia.

Como dice José María de la Torre en su obra Lo que fuimos y lo que somos o La Habana antigua y moderna, esta plaza "fué el

centro de donde irradió la población, extendiéndose primero desde allí por las calles de los Oficios y de los Mercaderes, como más próximas al punto de desembarque de los bajeles; por la calle Real (llamada después de La Muralla), que daba salida al campo en un principio (no por la Calzada del Monte, sino por el Camino de San Antonio o sea calle de la Reina); en seguida por la parte Norte de la calle de la Habana y después por las de Aguiar y Cuba, porque conducían al torreón de la Caleta, donde de día y noche había vigilante para avisar la llegada de piratas, y además servía entonces de paseo su calzada, orillada de uveros y otros arbustos".

La necesidad de instalar la Casa del Gobernador y la de los Capitulares en edificio adecuado y la concesión que por Real Cédula de 1772 hizo el Soberano de la iglesia del colegio de la Compañía de Jesús para Parroquial Mayor, provocó el arreglo y mejoramiento de la que hasta entonces sólo tenía de plaza el nombre. A este empeño se consagró el gobernador y capitán general Felipe Fondesviela, marqués de la Torre, según proyecto aprobado por el Rey en 1774. Posteriormente, los gobernadores marqués de Someruelos, Juan Ruiz de Apodaca y Francisco Dionisio Vives, realizaron diversas obras de embellecimiento de la plaza. Cronistas, historiadores y viajeros reconocen unánimemente la importancia extraordinaria que como lugar de esparcimiento tuvo en los tiempos coloniales la Plaza de Armas, y, desde luego, su parque. Durante muchos años se celebraban retretas nocturnas, a las que asistía, desde el balcón de Palacio, el Capitán General, y por sus calles circundantes discurría, en sus carruajes, la aristocracia feme-

nina habanera, y los caballeros paseaban por el parque o permanecían sentados en los bancos o las sillas de alquiler que allí existían.

En los últimos años de la dominación española, la Plaza de Armas y su parque fueron víctimas de lamentable abandono. Ni allí se celebraban las retretas de antaño, ni los habaneros los frecuentaban como lugares preferidos de esparcimiento. La ocupación militar norteamericana y la República quitaron por completo a aquel parque toda su característica de bello rincón colonial, hasta que en 1935, durante la administración del Alcalde doctor Guillermo Belt y Ramírez, se realizaron en el parque de dicha plaza atinadas obras de restauración y embellecimiento.

Otro de los mas bellos rincones de La Habana colonial es la Plaza de la Catedral, pequeño cuadrilongo enmarcado por la Catedral y por típicos edificios, antiguas residencias familiares, de estilo colonial: la casa de los Condes de Casa Bayona, situada frente a la Catedral; la casa del Marqués de Aguas Claras, al lado derecho de la Plaza, y junto a ella una casa, moderna relativamente, sin portales, donde se encontraban los primeros baños públicos que existieron en Cuba, casa ésta que hace esquina al callejón del Chorro, donde terminaba el primer acueducto que tuvo La Habana. Al lado izquierdo se levantan las casas del conde Lombillo y del marqués de Arcos. Algunas de éstas mansiones, así como el atrio de la Catedral y la pavimentación de la Plaza, fueron restauradas en 1935 por la Secretaría de Obras Públicas.

Además de la Plaza de Armas y la Plaza de la Catedral, cuenta La Habana con otras cinco plazas, cuya construcción data de los

tiempos coloniales: las de Belén, el Cristo, San Francisco, Plaza Vieja, San Juan de Dios, San Agustín y Monserrate.

De los antiguos paseos y parques, favoritos de nuestros abuelos, en épocas diversas de la colonia, deben ser recordados: la Alameda de Paula, la Cortina de Valdés, el Nuevo Prado o Alameda de Isabel II, el Paseo Militar o de Tacón, el Campo de Marte y el Paseo de Roncali.

Algunos de estos viejos paseos y parques han desaparecido ya, por necesidades del tránsito y tráfico urbanos, tales como la Cortina de Valdés, el Paseo de Roncali y la Alameda de Paula; otros - el Paseo del Prado, llamado hoy Paseo de Martí, el Campo de Marte y el Paseo de Carlos III - han sido hermoseados.

